

CARLOS CAÑETE

**CUANDO ÁFRICA
COMENZABA
EN LOS PIRINEOS**

**Una historia del paradigma
africanista español
(siglos XV-XX)**

Marcial Pons Historia
2021

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
AGRADECIMIENTOS	11
INTRODUCCIÓN	15
CAPÍTULO 1. RELATOS DE LOS ORÍGENES, INDIAS INTERIORES Y ORIENTALISMO EN LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA DE LOS SIGLOS XV Y XVI.....	21
La búsqueda de un origen.....	21
«Nuestras indias»	36
Historias comunes	48
CAPÍTULO 2. ORÍGENES, HISTORIOGRAFÍA Y POLÍTICAS DE LA CERTEZA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVII.....	69
La búsqueda de la certeza	69
Más allá de España	85
CAPÍTULO 3. HISTORIA DE LOS ORÍGENES ENTRE TRADICIÓN Y CRÍTICA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVII.	101
Una época en crisis.....	101
Un difícil despertar.....	114
CAPÍTULO 4. HISTORIA UNIVERSAL, MITOS Y PERIFERIAS EN LA ILUSTRACIÓN.....	127
De cambios y continuidades	127
Historias universales.....	132
Los límites del universalismo	147

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO 5. INTERVENCIONES EN EL MEDITERRÁNEO EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX.....	161
Intervenciones	165
Africanización.....	177
Mediterráneo	190
CAPÍTULO 6. AFRICANISMO, INTERVENCIONISMO Y POLÍTICA MODERNIZADORA HISPANA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX	205
La Guerra de África	209
Ciencia, africanismo, transformación social	214
Historias nacionales.....	230
Fin de siglo	236
CAPÍTULO 7. AFRICANISMOS EN EL MAGREB Y ESPAÑA HASTA EL ABANDONO.....	245
En el Magreb	247
En España.....	261
Abandono	276
NOTAS.....	289
BIBLIOGRAFÍA	325
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES.....	367
ÍNDICE DE NOMBRES	369

INTRODUCCIÓN

En el año 1884, durante un mitin organizado por la Sociedad de Africanistas y Colonistas en el teatro Alhambra de Madrid, el político e historiador español Joaquín Costa pronunció las siguientes palabras:

«De algunos años a esta parte, España padece de nostalgia, y es la nostalgia de África. España y Marruecos son como las dos mitades de una unidad geográfica. ¿Será la sangre lo que nos separa a españoles y marroquíes? Al contrario, existe entre españoles y marroquíes cierta secreta poderosa atracción que solo es dable explicar por algún parentesco étnico»¹.

La afirmación de un vínculo histórico entre las comunidades peninsulares y las norteafricanas ciertamente no era un argumento extraño en la España de finales del siglo XIX. En años recientes no han faltado reflexiones acerca del papel de al-Ándalus y, en general, del pasado musulmán de la península en los discursos coloniales y nacionalistas de aquella época². Sin embargo, una lectura más atenta de las palabras de Costa puede revelar algo más profundo o primordial en esa visión de un vínculo histórico entre España y el norte de África. Se preguntaba Costa en aquel mitin del teatro Alhambra si «la sangre» separaba a españoles y marroquíes tras declarar que ambos territorios eran como «dos mitades de una misma unidad geográfica». Respondía a esto que la única explicación para dicho vínculo, para esa «poderosa atracción», solo podía darse por el hecho de que hubiese «algún parentesco étnico». Españoles y marroquíes no solo ha-

bían tenido una historia en común, no solo compartían un mismo espacio geográfico, compartían también parentesco. Tenían un origen común. Cabe, pues, preguntarse cuál era este origen común al que Costa aludía.

En 1886, un par de años después de pronunciar aquel mitin en el teatro Alhambra, Costa publicaba un extenso artículo en la *Revista Geográfica Comercial*, uno de los principales órganos de difusión del colonialismo hispano de final de siglo, en el que ofrecía una visión de la historia antigua del territorio norteafricano³. En dicho artículo, de título «Río de Oro en la antigüedad», el pensador español ofrecía un estudio de la antigüedad de Marruecos y del Sáhara Occidental con el que pretendía identificar las islas míticas de occidente citadas en las fuentes clásicas. Para ello se sumergía en los relatos de la Antigüedad que aludían a los territorios occidentales, a la búsqueda de noticias acerca de las, según él las llamaba, «islas líbicas» (Cyranis, Cerne y Hesperia). De esa búsqueda surgía un relato de reinados y sucesos legendarios que incluían a los reyes Gerión y Atlas, el jardín de las Hespérides o las pruebas de Hércules. Una constelación mítica que Costa interpretaba como noticias de una antigua civilización hacia occidente, situada en la legendaria Atlántida (fig. 1). Según él, aquellos relatos mostraban que el mítico continente habría servido de origen y puente para una civilización que se extendió por el norte de África y la península ibérica. Tras su colapso debido a un enorme cataclismo, los restos de aquel continente quedaron en las islas del Atlántico y en las tradiciones de los pueblos a ambos lados del Estrecho. Con todo ello dibujaba un panorama primigenio de conexión geográfica y unión poblacional entre las dos orillas del Estrecho. Un legendario origen común en el que apoyaba su afirmación del parentesco étnico entre iberos y beréberes, estableciendo un vínculo biológico y cultural que habría permanecido a lo largo de la historia, y al que dedicaría varias de sus obras posteriores.

Podría parecer que las ideas de Costa eran algo excepcional, el producto de una imaginación excesiva. Sin embargo, el estudio de la literatura histórica, antropológica y naturalista de la época nos arroja un panorama que hoy produce extrañeza. Los debates acerca de aquel origen común en el continente mítico fueron una constante hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX en el seno de sociedades científicas como la Sociedad Antropológica Española o la Sociedad Geográfica. Manuel Antón y Ferrándiz, primer catedrático de Antro-

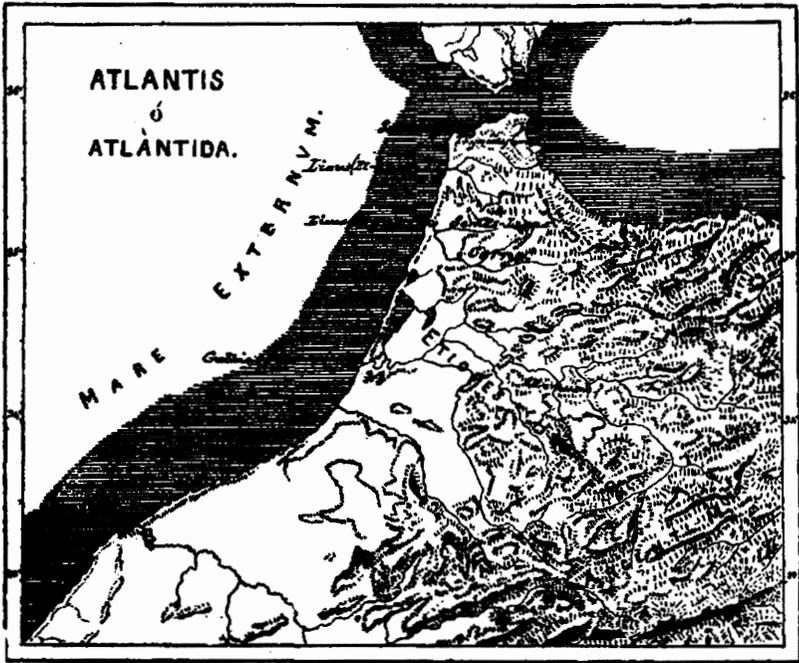


Fig. 1. Posición hipotética de la Atlántida, en Joaquín COSTA (1886), p. 26.

pología de la Universidad Central (hoy Complutense), hablaba de la «raza atlante» para definir ese vínculo étnico. Aparece también como inicio del relato nacional hispano en las historias generales de Sales y Ferré, Morayta y Sagrario o Rafael Altamira. El propio Ortega y Gasset escribió una obra, de título *Las Atlántidas* (1924), en la que divulgaba el marco de pensamiento que daba sentido a dichas ideas. En esa misma época, el militar y miembro de la Real Academia de la Historia, Abelardo Merino Álvarez, ganó el premio de la Real Sociedad Geográfica con su obra *Marruecos* (1921), en la que concluía:

«Los ibero-bereberes de España, Portugal, América, Marruecos y el resto de África Menor —en un potente Imperio, rememorador del de la Atlántida— estrecharán los rotos vínculos de la raza común y, continuando la gloriosa tradición histórica, serán un factor decisivo para el progreso de la humanidad en lo futuro»⁴.

En la década de 1940, una serie de autores españoles, entre los que se encontraba Julio Caro Baroja, comenzaron a plantear objeciones a estas ideas, lo que llevaría a su abandono pocos años más tarde. El olvido al que estas ideas han quedado relegadas desde entonces ha erosionado la conciencia de la centralidad de este mito en el proceso de construcción del relato nacional hispano. Aquel «África empieza en los Pirineos» se basaba en un relato de los orígenes que enlazaba las realidades físicas y culturales de la península y del Magreb desde un pasado ancestral que llegó a ser hegemónico en la conciencia histórica y nacional hispana. Se ofrece aquí una historia del surgimiento, desarrollo y abandono de aquella visión africanista del origen hispano.

En los últimos años se ha planteado la necesidad de estudiar la idea del origen común de las comunidades ibéricas y norteafricanas desde una amplia variedad de disciplinas ⁵. La mayoría de estas contribuciones han considerado este paradigma como una mera construcción ideológica al servicio de la acción colonial española en el norte de África, lo que ha llevado a reducir su alcance al periodo de desarrollo del interés colonial hispano sobre el Magreb iniciado con la Guerra de África (1859-1860). Sin embargo, la relación del paradigma africanista con los debates acerca de la esencia y el carácter de la propia nación hispana apuntan a unas dimensiones y a una cronología mucho más amplias. Lejos de ser una simple expresión de la voluntad colonialista española hacia el Magreb de finales del siglo XIX, el paradigma africanista aparece ya en los inicios del proceso de construcción de la identidad nacional hispana en la temprana época moderna.

Desde finales del siglo XV se desarrolla como un discurso que afirma el proyecto imperialista hispano a través de la imagen de un pasado ancestral más allá del Estrecho y, como tal, se encuentra en las obras de los cronistas de la corte de los Reyes Católicos, las historias de Indias del siglo XVI y en la trascendental historia general del padre Mariana. Ya en el siglo XVII aparece en las antigüedades de España y África de Bernardo de Aldrete o en las crónicas de José Pellicer. Durante ese tiempo se va constituyendo una especie de relato fundamental para explicar los orígenes de los pueblos peninsulares estrechamente ligado al auge de los estudios orientalistas hispanos. Pero, también, se insertará en el debate europeo acerca del origen y destino de las sociedades que llevará al desarrollo de modelos políticos uni-